

I

CANCION DE MUERTE Y DESESPERANZA

Rutilio Riestra de Wolf/Filosofía y Letras

1

No sé por qué, de pronto, en el camino,  
cuando estalla la luz más luminosa  
y su arpegio más alto lanza el trino,  
mi corazón se acuerda de la fosa.

Y descubro en las cosas mi destino,  
al ver la decadencia de la rosa  
pese al inexplicable desatino  
con que la vela mano cuidadosa.

Mi corazón entonces se rebela  
y deponiendo su actitud gallarda,  
con ninguna esperanza se consuela,

y la vida parece una alabarda  
que llevo, gemebundo centinela,  
esperando la muerte que no tarda.

2

Canten otros con recia certidumbre,  
como si no existiera la ceniza,  
que yo tengo apagada la sonrisa  
y pensar en la muerte es mi costumbre.

Cierren otros los ojos al herrumbre  
y no sientan la tierra movediza,  
porque todo a mis plantas se desliza  
con una inexorable pesadumbre.

---

Alcen otros su acérrima alegría  
al esplendor de la naturaleza  
y a las canciones de la jilguería,

que inapelable frente a la belleza,  
en mi paisaje sin color porfía  
como un ángel de luto la tristeza.

3

Mi corazón que descorazonado  
a ninguna creatura ya se afianza,  
si su giro prosigue danza y danza,  
es a un ritmo de muerte, desolado.

Solo, desapacible, escarmentado,  
por el camino del sepulcro avanza  
como trompo que pierde su pujanza  
por las manos del niño abandonado.

Atento nada más a la elegía,  
tan abatido —de fugaz— me siento,  
que no sé cómo vivo todavía,

y voy en este viaje turbulento,  
como hoja que arrastra en agonía  
el viento, el viento, el viento, el viento, el viento. . .



---

II

SONETOS DE ANGELES

1

Angeles, nada más, y todo el día,  
tienden de par en par celestes alas,  
aunque no gocen —invisibles galas—  
con su línea los ojos del vigía.

Anda su jubilosa simetría  
rondando los pasillos y las salas;  
por buenos sitios, por esquinas malas,  
el ojo de los ángeles espía.

Yo sé que la razón niega su vuelo,  
y ellos están ahí, no son kantianos  
—no necesita serlo y es el cielo—;

ángeles, nada más, a llenas manos,  
en un mundo increíble, paralelo  
al tiempo y al espacio nuestros, vanos.

2

Angeles. Nada más. En buena hora.  
Angeles en mitad del mediodía,  
ángeles cuando el sol en agonía,  
ángeles pregoneros de la aurora;

ángeles si el relámpago decora  
la nube acongojada de sombría,  
ángeles tras la oscura celosía,  
ángeles en bandada voladora.

---

Tienen —no se les ve— la faz hermosa.  
Cantan —quién los va a oír? — claros clarines,  
vuelan, pero en un viento que no roza;

puntos en parabólicos confines,  
no son lo que no son, son otra cosa  
y una música vaga de violines.

3

Sentados en mitad de la colina,  
con su serenidad maravillosa,  
los ángeles están; su luz fastuosa  
esta luz —la que vemos— ilumina.

Como por una gracia repentina  
la invisible barrera se destroza  
y el sentido negándose los goza  
y su luz a la nuestra se coordina.

Y los vemos mejor con otros ojos  
que los que ven pálidos destellos  
de la luz verdadera los despojos;

pues sabemos mejor que existen ellos  
una vez que quitan los aherrojos  
de nuestro mundo y sus oscuros sellos.

4

Marineros sin remos ni navío,  
alegres como niños en las rondas,  
ondulando ondulantes en las ondas  
atraviesan los ángeles el río.

Con un peso menor que el del rocío,  
con más leve rumor que el de las frondas,  
las invisibles cabelleras blondas  
pasan del caudaloso angelerío.

Ellos ven con insólita largura:  
aun carentes de sol, sin catalejo,  
despedazan la sombra más oscura

---

y se pasan la luz como un espejo,  
mientras se multiplica su figura,  
de reflejo en reflejo su reflejo.

5

Bajo el manto implacable de la nieve  
no sienten el más leve escalofrío,  
ni el calor les agobia en el estío,  
ni la escarcha monótona si llueve.

El largo tiempo humano les es breve,  
no sufren ni de sueño ni de hastío,  
y todo lo que es daño o desafío  
con ellos —poderosos— ni se atreve.

Ellos vienen y van, y no hay mudanza  
en su ser, porque son de otra medida:  
ni el dolor ni la muerte les alcanza;

(Dios sus aéreos batallones cuida  
guarden con el cristal su semejanza  
y no pierdan su olor de agua florida.)



---

### III

#### TARDE

Era una tarde aquélla tan enorme  
que viéndola tan larga parecía  
que estaba el tiempo con la luz conforme  
en que jamás se terminara el día.

Lentamente su masa roja informe  
Febo tras las montañas escondía,  
con una lentitud tan uniforme  
e interminable como letanía.

Tarde dominical a campo abierto  
en que fue la quietud un paroxismo:  
crepúsculo colgado, tiempo muerto.

Embestía la noche en su bisonte,  
pero alzando la luz como exorcismo,  
un ángel defendía el horizonte.

### IV

#### PARA CUANDO. . .

Yo guardo cada día, para tiempos peores,  
algo de lo que tiene de bueno lo que pasa,  
y así, aunque doliente, mi corazón enlaza  
lo gris de su sepulcro con un brillo de flores.

Acendro en mis oídos los pájaros cantores  
para cuando el silencio me cumpla su amenaza,  
y fabrico una tela de oro con la hilaza  
de los rayos del sol para fríos rigores.

Yo tengo una alcancía en la que guardo sueños,  
ejercicio la avaricia de los goces pequeños  
con los que voy llenando repisas y rincones,

para que cuando, luego, crea ya que no hay hechizo,  
al pasar junto a ellos me asalten de improviso  
rayos de sol, perfumes, sonrisas y canciones.

---

V

AÑO NUEVO

Satanás en el pórtico del Año Nuevo asoma  
y nos ofrece —espléndido— su cauda de placer,  
la mejor uva bíblica su vino, la paloma  
su paz y la esperanza lo que no puede ser.

El Angel de la Guarda el albo libro toma  
de la antigua inocencia y nos lo da a leer;  
proclama en nuestro cuerpo su triunfo la carcoma  
y el miedo nos invade hasta más no poder.

Quieren todos los sueños salir a la palestra,  
quieren todos los malos recuerdos aldabón,  
Cronos su luenga barba de eternidad nos muestra

haciendo de los siglos un solemne balcón,  
y hay una melodía, entre dulce y siniestra,  
que nos deja una angustia larga en el corazón.